

sarse de entrar en un negocio que prevee no le ha de tener cuenta. Pues válete de las mismas para negarte á los saraos, á los convites, á las fiestas profanas, en que la razon, la Religion y la experiencia te enseñan que siempre padeces considerables pérdidas. No te dejes arrastrar hácia el precipicio por una mala vergüenza, por un ridiculo respeto humano. No digas: *Yo estaré prevenido*; y ten presente en la memoria aquel oráculo infalible: *Quien ama el peligro perecerá en él.*

DIA VEINTE Y NUEVE.

SAN EUSTASIO, ABAD DE LUXEUIL.

San Eustasio, discípulo de san Columbano, y su inmediato sucesor en la famosa abadía de Luxeuil, era de una de las casas mas nobles de Borgoña. Nació hácia el fin del siglo sexto. Túvose gran cuidado de su educacion, y correspondió el fruto al cultivo. Encargóse de ella san Miet, tío de Eustasio, y obispo de Langres, viendo la bella indole, el excelente ingenio y la natural inclinacion á la virtud del devoto niño. Hizo este grandes progresos, así en las letras humanas como en la importante ciencia de la salvacion, con el magisterio de tan insigne maestro. La piedad que mostraba en una edad en que apenas se conoce lo que es religion, dió á entender que no gozaria el mundo mucho tiempo de un jóven del cual no era digno. Descubriendo Eustasio cada dia mas y mas los peligros del siglo, resolvió buscar en el desierto lo que no hallaba en el tumulto del mundo; y mostrándose insensible á las engañosas esperanzas con que le lisonjaban su noble nacimiento y sus extraordinarias

prendas, solo pensaba en retirarse de tanto riesgo y embuste.

Habia dos ó tres años que Columbano, monje irlandés, habia pasado á Francia, buscando en aquel reino un desierto escondido, donde olvidándose de sus parientes y de su patria, pudiese contentar las fervorosas ansias de pasar la vida en rigurosa penitencia. Retirado, pues, á los desiertos de los montes Vosges, en aquella parte de la Borgoña que hoy se llama el Franco Condado, fundó el famoso monasterio de Luxeuil, que por muchos siglos fué seminario de santos, y donde desde sus principios se contaron hasta seiscientos monjes, cuya mayor parte se hizo venerar por su eminente virtud, y muchos tambien por el don de los milagros.

Fué Eustasio uno de los primeros que se alistaron bajo la disciplina de san Columbano. Honró mucho el discípulo al maestro. El amor á la oracion, la inclinacion á la penitencia y el zelo por la observancia, le hicieron desde luego respetar como acabado modelo de la perfeccion religiosa. Su ejemplo inspiraba fervor; y en poco tiempo se admiró vivamente copiada en el nuevo monasterio la santidad de los monjes del Oriente. No duró mucho la calma. Ofendidos la reina Brunequilla y su nieto Tierri, rey de Borgoña, del apostólico zelo con que san Columbano reprendia sus escandalosos desórdenes, le echaron del monasterio de Luxeuil, y le quisieron obligar á que se volviese á Irlanda. Como Eustasio vió expuesto el monasterio á las violencias de los ministros de Tierri, se retiró con san Galo á los estados de Teodoberto, rey de Austrasia, que los tomó bajo su protección.

En este medio tiempo se habia ya embarcado en el puerto de Nantes san Columbano por obedecer á Tierri; pero una tempestad le volvió á arrojar á las

costas de Bretaña. Conoció entonces no ser la voluntad de Dios que volviese á pasar el mar; y teniendo noticia de lo bien recibidos que habian sido de Teodoberto, hermano de Tierri, sus dos discípulos Eustasio y Galo, tomó el camino de Austrasia.

A la estimacion que el rey hacia de los discípulos, correspondieron las demostraciones de amor con que recibió al maestro. Dióle á escoger el lugar que quisiese dentro de sus dominios. Aceptó el santo la oferta; y llevándose consigo á Eustasio y á Galo, subió por la corriente del Rhin hasta la extremidad del lago de Constanza, entró en el país de los Suizos, que pertenecía á los dominios de Teodoberto, y predicando en todas partes la fe de Jesucristo, hizo alto en el territorio de Bregents, donde fundó un monasterio. Aquí tuvo noticia de que habiéndose apoderado de una parte del de Luxeuil algunos seglares, amenazaban echar de él á todos los monjes; aviso que le obligó á enviar á Eustasio á Luxeuil con el título de abad. Costó mucho al discípulo y al maestro esta separacion; pero al fin era indispensable el doloroso sacrificio. Llegado á Luxeuil, nuestro Eustasio supo ganar de tal manera el corazón de los injustos usurpadores, que le dejaron dueño de todo el monasterio.

Dedicó desde luego el nuevo abad toda su aplicacion á renovar la disciplina monástica establecida por san Columbano; y como exhortaba con el ejemplo mas que con las palabras, en pocos dias reinó el fervor en toda la comunidad. Eran sus ayunos, sus vigilias y sus rigurosas penitencias, las lecciones mas eficaces con que instruía, y á las cuales no era fácil resistirse. La extraordinaria caridad con que trataba á todos sus súbditos; la admirable vigilancia con que atendía á prevenir todas sus necesidades espirituales y corporales; la suavidad de su paternal gobierno,

su afabilidad, y la urbanísima cortesania con que recibía á todos sus hermanos, amándolos como á hijos y honrándolos como si fueran superiores suyos; todo esto, acompañado de no sé qué aire de santidad que se dejaba ver en todas sus acciones, le hizo tan dueño de los corazones de todos, y granjeó tanta estimacion al monasterio de Luxeuil, que de todas partes concurrían á ponerse bajo la disciplina del santo abad, quien logró el consuelo de ver en su casa hasta seiscientos monjes, cuyos nombres casi todos se registran en los fastos sagrados de la Iglesia.

Habiendo Clotario II unido en una sola monarquía la Borgoña, la Austrasia y la Francia, por muerte de los reyes Teodoberto y Tierri y de sus hijos, deseó tener dentro de su reino á san Columbano, quien tres años antes le habia predicho esta reunion de la monarquía francesa. Con este intento le envió por diputado á san Eustasio, convidándole á que se restituyese á su antiguo monasterio de Luxeuil; pero Columbano, que acababa de fundar el monasterio de Bobio en el Milanés, por la piadosa liberalidad de Agilulfo, rey de los Lombardos, creyó no ser voluntad de Dios que saliese de Italia; y bien informado de lo mucho que florecía en Luxeuil la disciplina monástica, mandó al santo abad se restituyese al gobierno de su monasterio, dándole nuevas instrucciones, con nuevas señales de su particular estimacion y ternura.

El vasto y apostólico zelo de Eustasio no podia estrecharse dentro de las paredes del monasterio; y habiéndole dotado el cielo de singular elocuencia y de extraordinario talento para la predicacion, salió á anunciar la palabra de Dios á los Varascos, y llevó la luz del Evangelio hasta á los Bavaros, haciendo en todas partes portentosas conversiones. Irritado el demonio

de la guerra que Eustasio le hacia en Alemania, como para divertirle las fuerzas, quiso hacérsela á él en Luxeuil, y se valió de la ambicion de un mal monje para introducir la relajacion y arruinar la disciplina en el ejemplar monasterio.

Habia tomado el hábito en él Agreste ó Agrestino, secretario del rey Tierri; y llegando á su noticia las maravillas que obraba su santo abad en el ejercicio de la predicacion apostólica, llevado de un espíritu orgulloso, y pareciéndole que él tambien podria hacer ruido en el mundo por el mismo camino, dejó el desierto, de que ya estaba fastidiado, y sin mas legitima mision que la de su vanidad, salió á predicar á los gentiles. Pero como no correspondiese el fruto ni el aplauso á lo que él se habia figurado, lleno de confusion y de despecho se precipitó en el cisma de Aquileya. Intentó Eustasio reducirle á su deber, pero tropezó con un genio terco, inquieto y sedicioso, cuya pretension no era menos que hacer condenar por el concilio de Macon la regla de san Columbano, y que se extinguiese el monasterio de Luxeuil. Con efecto, presentó al concilio muchos capitulos de acusacion contra la nueva regla, notándola de diferentes singularidades, mas propias, decia él, para los Irlandeses, que tolerables en los estilos y costumbres de la Iglesia galicana. Pasó al concilio san Eustasio, refutó vigorosamente las calumnias de Agrestino, defendió su santo instituto, y desengañó á los padres que por hallarse siniestramente instruidos estaban preocupados á favor de su adversario, y procuró reducir al aprisco á esta oveja descarriada, por todos los medios de blandura que le sugirió su amabilísimo zelo; pero cerrando Agrestino los oidos á los amorosos consejos de su abad, murió desgraciadamente. Lloróle Eustasio tiernamente, como tambien á otros infelices á quienes este cismá-

tico habia seducido; pero el Señor le consoló abundantemente con la insigne virtud de otros discipulos suyos, entre los cuales se cuenta á san Cagnou, que fué despues obispo de Laon; á san Omer, que lo fué de Teruana; á san Aichar, que lo fué de Noyon y de Tornay; á Ragnacario, que lo fué de Basilea; y á otros muchos, cuya eminente santidad fué el elogio mayor de nuestro Eustasio, el cual, además de esto, tuvo el consuelo de ver establecido en su monasterio de Luxeuil un coro perpetuo de dia y noche, por el fervor de mas de seiscientos monjes, que sucediéndose continuamente los unos á los otros, cantaban sin cesar alabanzas al Señor, y conseguian con sus oraciones mil bendiciones á los pueblos.

Por este tiempo le dió á entender el Señor que estaba cercano el fin de su santa vida, y con este motivo dobló el rigor de sus penitencias con extraordinario fervor. En medio de estos ejercicios de mortificacion y de virtud, le asaltó una violenta y dolorosa enfermedad. En lo mas vivo de sus agudisimos dolores oyó una voz que le daba á escoger, ó padecer por espacio de treinta dias sin el mas mínimo alivio, ó ser desde luego aliviado, pero no morir hasta despues de cuarenta. El ardentísimo deseo en que se abrasaba de poseer cuanto antes á su Dios en el cielo, le hizo mirar la dilacion que se le proponia como el mas cruel de todos los tormentos; y así escogió desde luego padecer mas, y morir cuanto antes. Habiendo, pues, pasado treinta dias con indecibles dolores, lleno de merecimientos, y dotado del don de milagros; murió en Luxeuil, el año de 625, cerca de los sesenta de su edad, de los cuales habia pasado mas de treinta en el referido monasterio. Fué enterrado en él solemnemente, y despues de muerto acreditó el Señor su santidad con gran número de prodigios. Con el tiempo fué trasladado su santo cuerpo á Vergavilla

en Lorena, en la diócesis de Metz, abadía de religiosas benedictinas, adonde concurre todavía innumerable pueblo que atrae la devoción á su sepulcro.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Persia, los santos mártires Jonás y Baraquisio, en tiempo de Sapor, rey de Persia; á Jonás le pusieron en una prensa, en donde le apretaron hasta quebrantarle los huesos y luego le serraron por la mitad del cuerpo; á Baraquisio le ahogaron echándole pez ardiendo por la garganta.

En Heliópolis, junto al monte Libano, san Cirilo, diácono y mártir, en tiempo de Juliano Apóstata; á este santo le abrieron el vientre los gentiles, le sacaron el higado, y se lo comieron como bestias carniceras.

En Nicomedia, la pasión de los santos mártires Pastor, Victorino y sus compañeros.

En África, los santos confesores Armogasto, conde; Arquimimo, vecino de la ciudad de Máscula; y Saturio, mayordomo del palacio real; los cuales, en la persecucion de los Vándalos, siendo rey Genserico, arriano, despues de padecer grandes tormentos y afrentas por confesar la verdad católica, acabaron gloriosamente la carrera de sus combates.

En la ciudad de Asti, san Segundo, mártir.

En el monasterio de Luxeuil, san Eustasio, abad, discípulo de san Columbano; fué prelado de cerca de seiscientos monjes, y esclarecido por la santidad de su vida y por sus milagros.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion del santo la que sigue.

Intercessio nos, quæsumus, Suplicámoos, Señor, que Domine, beati Eustathii ab- nos haga gratos á vuestra Ma-

batis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur Per Dominum nostrum...

jestad la poderosa intercesion del bienaventurado abad san Eustasio, para que consigamos por su patrocinio lo que no podemos esperar de nuestros méritos. Por nuestro Señor..

La epistola es del cap. 5 del apóstol san Pablo á los Gálatas.

Fratres: Manifesta sunt opera carnis, quæ sunt fornicatio, immunditia, impudicitia, luxuria, idolorum servitus, veneficia, inimicitia, contentiones, æmulationes, iræ, rixæ, dissensiones, sectæ, invidia, homicidia, ebrietates, comessationes, et his similia: quæ prædico vobis, sicut prædixi, quoniam qui talia agunt, regnum Dei non consequentur.

Hermanos: Las obras de la carne están manifestas, como son fornicacion, deshonestidad, impureza, lujuria, idolatría, maleficios, enemistades, pleitos, contiendas, celos, iras, riñas, discordias, sectas, envidias, homicidios, embriagueces, glotonerías y otras cosas semejantes á estas, sobre las cuales os prevengo, como ya lo hice, que los que tales cosas hacen no conseguirán el reino de Dios.

NOTA.

« Eran los Gálatas un pueblo del Asia Menor, cuyo » pais hoy se llama Chiangara. Habiales predicado » san Pablo la fe de Cristo, y la habian abrazado con » fervor; pero como despues ciertos falsos apóstoles » les enseñasen una perniciosa doctrina, san Pablo » les escribió esta carta de su propia mano. Es probable que la escribió desde Éfeso, el año de 57. »

REFLEXIONES.

Manifesta sunt opera carnis, quæ sunt fornicatio, immunditia.... æmulationes.... et his similia.... quoniam qui talia agunt, regnum Dei non consequentur.

Vamos claros: ¿se reputa el día de hoy á la emulacion por un gran pecado? No obstante eso san Pablo la agrega sin distincion al cúmulo de los pecados mas enormes, y declara indistintamente que todos los que fueren manchados de ellos, quedarán para siempre excluidos del reino de los cielos. Sin embargo, la emulacion reina en casi todos los corazones. Enmascarada, disfrazada, paliada, sabe introducirse hasta en los claustros mas religiosos, hasta en los hombres mas espirituales, hasta en las almas que parecen mas timoratas; y desde el punto que se insinúa en un corazon, ¡ó Dios, y qué estragos no hace!

Es la emulacion una envidia mitigada; no tiene toda su hiel, pero tiene casi toda su malignidad. Es un veneno, pero tan sutil, tan bien preparado, que apenas se conoce cuando obra. No se explica ni en aquellas aversiones á cara descubierta, ni en aquellas groseras murmuraciones, ni en aquellas invectivas impetuosas, ni en aquellas tristezas oscuras y picantes que no se pueden disimular; una frialdad muda, una risita maliciosa, un oculto menosprecio que se quiere esconder y no se deja de traslucir, una interpretacion maligna aun de las acciones mas inocentes; todo esto da sobradamente á conocer lo poco que nos gusta, y lo mucho que nos desagrada el mérito y las prendas que se celebran en los otros.

Los que viven en comunidad, ordinariamente están llenos de emulacion desde que comienzan á estar vacíos de virtud. Los progresos de los demás hacen visibles ó la desaplicacion ó la inferioridad de talentos de los que siguen la misma carrera con menos felicidad. Las distinciones mortifican á los que presumen de iguales. No gusta ver tan aplaudidos á aquellos con quienes se vive; lo sobresaliente de sus

prendas nos da en rostro. A los que están retirados, les inquieta cualquier ruido. Las sombras sirven para que resalten mas los colores; y en este sentido se teme servir de sombra que haga brillar mas el esplendor de los otros. Por eso son tantos los que tiran á oscurecerle. En un ánimo generoso, en un corazon cristiano puede la emulacion servir de estímulo á la virtud; pero en una alma baja degenera en aversion, y produce encono y amargura.

No quisieras que el otro hiciese las cosas mejor que tú, porque conoces que no sabes hacerlas tan bien como él. Un espíritu apocado y envidioso nada encuentra que admirar; un corazon grande y noble quisiera imitar todo lo que admira. Cuando tenemos las mismas obligaciones que otros, y estos las desempeñan mejor, en este mismo desempeño nos dan una muda leccion muy molesta, que instruye mas de lo que se quisiera. Hállase en ella no sé qué reprehension oculta, y en esta oculta reprehension cierta verdad que amarga y humilla. Esto es lo que pone de tan mal humor con los ajustados á los imperfectos.

Lo asombroso es que aun aquellos que hacen profesion de virtuosos, no están exentos de este vicio. Una devocion superficial y poco sólida alimenta grandes defectos. En no reinando en un corazon la humildad, luego se apodera de él la emulacion. A la verdad, no siempre se introduce en él con este nombre, porque seria muy mal recibida; el amor propio, con el cual siempre está de inteligencia, la presta mil disfraces para encubrirse.

Siéntese no sé qué secreta aversion á ciertas personas que por su ejemplar virtud se distinguen mas de lo que se quisiera. Disminúyese su mérito; y cuando se habla de él, se pretende reducirlo no mas que á una mediania. Si se encuentran otros que sean de

la misma opinion, ¡cuánto se les aplaude! Experimentase cierta especie de complacencia cuando se conoce que su virtud no es del gusto ni de la aprobacion de todos. ¡Qué atencion en no mirarle jamás por lo que tiene de bueno! ¡qué viveza, qué ardor en exagerar hasta sus menores descuidos! ¡qué dureza, que inflexibilidad en darle cuartel, en perdonarle la mas minima cosa! Los que no hacen mucha vanidad de ser ni de parecer devotos, dan á esto el nombre propio que le corresponde, llamándolo sin rebozo orgullo, emulacion, pasion maligna. Pero los que se precian de virtuosos, lo bautizan á lo sumo con el nombre de indiferencia ó de antipatia. ¡Cosa extraña! se juzga con pasion, se acrimina con dureza, se condena sin piedad lo que muchísimas veces es muy loable; y esto se califica de zelo, de caridad, de fervorosa devocion. *Non est ista sapientia desursum descendens; sed terrena, animalis, diabolica* (1), dice el apóstol Santiago. Esta no es prudencia que descende del cielo, sino una prudencia terrestre, animal, diabólica; es una emulacion avinagrada y aceda, que pretende ocultarse á favor de una devocion aparente. Pero tened entendido, añade el mismo apóstol, que donde hay emulacion, no puede haber devocion verdadera, sino inconstancia, veneno y malignidad: *Ubi enim zelus et contentio, ibi inconstantia, et omne opus pravum* (2).

El evangelio es del cap. 19 de san Mateo, y el mismo que el dia XXI, pág. 304.

(1) Jic. 3. — (2) Id.

MEDITACION.

DE LA ORACION.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la oracion, hablando propiamente, es una sagrada conversacion del alma con Dios; habla á Dios confidencialmente, y Dios con dignacion infinita habla confidencialmente con ella. A favor de una purísima y benéfica luz contempla el alma en la oracion las incomprendibles é infinitas perfecciones de su Dios; expónele sus necesidades como á su amoroso padre; declárale sus enfermedades espirituales como á su omnipotente médico; y Dios la ilumina, la alienta, la consuela, la fortalece y la cura. En este espiritual comercio el alma se sustenta de la palabra de Dios interior; en él halla armas para domar las pasiones, para triunfar de sus enemigos, para prevenir sus malignos artificios, para descubrir sus insidiosos lazos. En fin, en la oracion se nos hacen patentes nuestras obligaciones, y en este santo ejercicio se reciben de la misericordia de Dios las gracias oportunas para cumplir con ellas. El claro conocimiento que tuvieron los santos de las grandes excelencias de la meditacion, les obligó á decir que era muy dificultoso ser verdaderamente cristiano sin la saludable práctica de la oracion; y aun mucho mas dificultoso hacerse santo sin este admirable ejercicio. ¡Qué error es el de aquellos (son verdaderamente muchos) que consideran la oracion como propia únicamente de los claustros! Algun dia conocerán que era un auxilio, una devocion, un ejercicio casi indispensable á todo cristiano.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el origen mas comun del desorden de las costumbres en el mundo, y de la relajacion en el estado religioso, es el desamor, el tedio con que se mira la meditacion. Hablar de oracion á un seglar, a una mujer del mundo, es algaravia, es hablar en griego. A sola la palabra meditacion se asusta y aun se inquieta una alma disipada, un corazon disoluto. De esta aversion á la oracion nace aquella lastimosa ceguedad en que se vive, aquella depravacion de costumbres que á guisa de torrente inunda toda la tierra. *Non est qui recogitet corde*, dice el Profeta: No hay en el mundo quien medite, quien haga reflexion á lo mismo que cree. Las verdades mas importantes de la Religion, una muerte inevitable, un juicio terrible, el infierno, la gloria, son para la mayor parte de los mundanos objetos desconocidos; entienden estas verdades, poco mas poco menos, como los ignorantes y el pueblo grosero comprenden las proposiciones del álgebra. ¿Pues de qué nos admiramos, si faltando estos diques, es tan furiosa, es tan universal la inundacion? Desterrada una vez la reflexion de estas terribles verdades, corren sin freno las pasiones; y de aquí nace la corrupcion general en el mundo.

Lo mismo á pr oporcion se puede decir de la relajacion de las personas religiosas. En perdiendo el gusto á la oracion, está achacosa el alma. Si al disgusto se sigue la indiferencia, y á esta el abandono de aquel santo ejercicio, ¿qué medios, qué armas restan ya al pobre religioso contra tantos enemigos como le combaten? Los religiosos que dejan la oracion comienzan á cobrar tedio á su estado, háceseles su yugo insopor table, y al cabo paran muchos en la infelicidad de abandonarle.

¡O Señor, y qué dolor es el mio por haber hecho hasta aquí tan poco aprecio de una obligacion tan indispensable, y de un medio tan eficaz como necesario! Resuelto estoy, mediante vuestra divina gracia, á reparar en adelante lo mucho que he perdido por mi tibieza y por mi relajacion.

JACULATORIAS.

In meditatione mea exardescet ignis. Salm. 38.
En la fragua de la meditacion se avivará en mí el fuego de vuestro santo amor, ó Dios y Señor mio.

Dirigatur oratio mea sicut incensum in conspectu tuo.
Salm. 140.

Suba, Señor, á vos mi oracion como incienso de buen olor.

PROPOSITOS.

1. *El que sabe orar como se debe, sabe vivir como se debe*, dice san Agustin. Y nunca te olvides de lo que añade san Buenaventura, que sin la oracion toda devocion es árida, imperfecta, y está muy próxima á extinguirse. Disipase el fervor, desmaya el aliento, cesa la perseverancia, y se precipita el alma en la última miseria. Forma desde luego una generosa resolucion de que no se pase dia alguno de tu vida sin cumplir fiel y exactamente con la indispensable obligacion de tan santo ejercicio; determina el tiempo y la hora que has de ocupar en él, sin cercenar jamás ni un solo momento.

2. Nunca te contentes con una meditacion puramente especulativa; toda buena oracion debe ser práctica, esto es, ha de consistir en consideracion y en accion. En la oracion has de contemplar las grandes verdades de nuestra religion, las obligaciones de tu estado, de tu condicion, de tu empleo; pero no pares en mera contemplacion, aplica la mayor parte

del tiempo á considerar cómo debes proceder conforme á estas reglas de conducta, y forma el plan de la que debes observar aquel dia en el mismo ejercicio de la oracion.

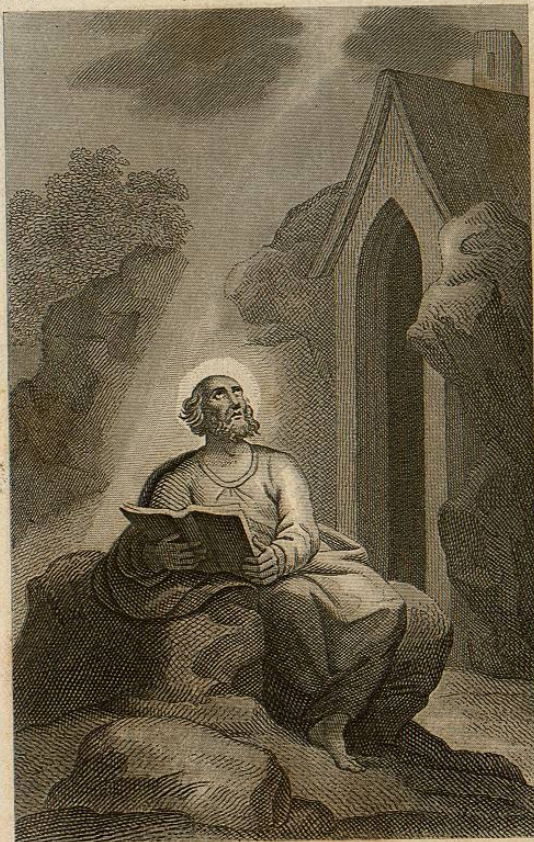
DIA TREINTA.

SAN JUAN CLÍMACO, ABAD.

San Juan Clímaco, llamado así por el excelente libro que compuso, y que intituló *Escala del cielo, ó de la perfeccion*, era, según se conjetura, de un lugar de Palestina. Nació en tiempo del emperador Justiniano I, hácia el año de 525; y si los grandes conocimientos que tuvo de las lenguas, de las artes y de las bellas letras, acreditan su buena educacion, esta misma educacion es testimonio de su noble nacimiento.

La gran fama que desde jóven le adquirió su rara sabiduría, le mereció el título de *Escolástico*; nombre que en aquel tiempo solo se daba á los que, dotados de un bello ingenio, acompañaban esta prenda de mucha elocuencia, de grande lectura de los antiguos, y de un profundo estudio en todas las ciencias. Pero nuestro Juan habia nacido para gloria mas sólida. Tentáronle muy poco todas las floridas carreras, todas las halagüeñas esperanzas con que el mundo le brindaba. A los diez y seis años de su edad las renunció todas; y siguiendo las impresiones de la gracia, dedicó todo su estudio á la importante ciencia de la salvacion.

Resuelto á dejar el mundo, se retiró al monte Sinái bajo la disciplina de un venerable anciano, llamado Martirio, quien hallando en el nuevo discípulo toda la docilidad de un niño con toda la simplicidad de una



S. JUAN CLIMACO, ABAD.